

Historias que tuve que aprender para vivir

Tus huellas quelonias, mis huellas humanas

*“Hallan 46 huellas de tortugas de hace 227 millones años en Valencia”.
diario ABC, 81 de abril del 2012*

Al leer detenidamente la misión sobre las huellas que he dejado fue irremediable pensar en las huellas que dejaron grabadas las tortugas marinas sobre la arena blanca de las playas de Xcacel; así que este escrito tendrá que hablar de ellas, de las huellas de tortugas que dejaron en mi vida.

Es imposible que haya personas que no dejen huella en su caminar por esta vida. Todas las personas impactamos a otras personas para bien o para mal. Es muy probable que mi caminar haya dejado de los dos tipos de huellas a lo largo de las diferentes etapas de mi vida. Me voy a centrar en aquellas que dejé a partir del nacimiento de mi último hijo, cuando yo tenía 30 años. Y no porque no haya impactado a alguien antes de esta época o después, sino porque a partir de este momento resucité hacia un mundo propio.

Cuando el pequeño tenía 27 días de nacido nos embarcamos en una nueva aventura: dejamos atrás a la gran ciudad de México para ir a vivir a Cancún, todavía un pueblo, pues aún no era locura turística que es hoy. Entonces era un destino poco accesible y apenas había infraestructura y era muy común ver europeos y gringos mochileros. Ahí nos esperaba el resto de la familia.

Algunos meses después de haber llegado, por circunstancias insospechadas me incorporé al recién creado Grupo Ecologista del Mayab, A.C. o mejor conocido como el Grupo GEMA. Éramos varias señoras, distinguidas y decentes, muy preocupadas por el medio ambiente debido principalmente por aquellas causas que visiblemente lo afectaban, principalmente por la falta y aplicación de

regulaciones en el crecimiento y desarrollo de Cancún. Por un lado, cualquiera que prometiera hacer un hotel, traer inversión o empleos tenía todas las facilidades, el plan maestro se modificaba a modo de quien lo solicitaba, tanto que Fonatur avalaba el desastre amparado por una ley inexistente. Por el otro lado estaba el grupo, este grupo de señoras caceroles que pronunciaban palabras obscenas como capacidad de carga, conservación del ambiente, regulaciones, especies amenazadas, plantas de tratamiento, descargas clandestinas etc.

La primera intervención del grupo y la que lo hace surgir formalmente fue la protección de la Laguna de Nichupté, ubicada en el corazón de la zona hotelera donde casas y hoteles descargaban sus aguas negras y residuales sin el menor pudor. Esta es una laguna de muy poca profundidad y con un intercambio de aguas muy lento. Afortunadamente en la zona llueve mucho y muy fuerte, lo que permitía la renovación de la calidad del agua y la oxigenación de la misma. Sin embargo, el fosfato que contienen las descargas hizo las algas crecer y compitiendo por el poco oxígeno muchos peces amanecían muertos. Las autoridades no hacían nada y los desarrolladores tampoco. Así que tomábamos evidencias en recorridos interminables que presentábamos al cabildo para que se procediera a obligar a los infractores a remediar el problema. Esta fue una lucha larga, muy larga, tanto que hoy podemos decir que fuimos pioneras, junto con otros grupos, en otros estados de la República la lucha ambientalista en México que todavía está presente.

Otras actividades del grupo eran la limpieza de playas por la cantidad de basura que llegaba del mar, liberar el paso de los locales a las playas concesionadas a los hoteles, la reubicación del relleno sanitario que estaba muy cerca de la laguna, suspensión del proyecto Calica de la poderosa constructora ICA, donde se rellenaba parte de la laguna para hacer un fraccionamiento de súper lujo y en otro lado se extraía *sascaab*¹ para rellenar y compactar carreteras de la Florida en

¹ En maya se dice así al tipo de suelo de la Península.

Estados Unidos. Todos estos proyectos fueron evidenciados con las autoridades y en la prensa y poco a poco se han ido resolviendo. Fuimos una hermosa pesadilla, que dejamos una profunda huella en la historia de Cancún.

En un momento de agotamiento personal, porque la lucha era intensa, una querida amiga que por circunstancias personales tuvo que irse a vivir a Mérida, me dejó el Programa de Tortuga Marina. Yo no soy bióloga y no tenía idea de estos animales, más allá de conocerlos, conocer su estatus es la lista de especies en peligro y hacer material didáctico sobre el ciclo de vida. No conocía nada más. En ese momento tomé la estafeta con gran temor e inseguridad me aventé al ruedo e inicié el diseño y elaboración de una campaña de difusión llamada “Quintana Roo recibe y protege a las tortugas marinas”.

En un reunión en GEMA recibíamos a un alto funcionario de la World Wildlife Fund, mejor conocida por sus siglas WWW o por el panda que los distingue, para buscar financiamiento para los proyectos que atendíamos. Le presentamos uno a uno los diferentes trabajos. Al ver la campaña de tortuga marina me invito a presentar una ponencia en una reunión internacional en San Antonio Texas, con todos los gastos pagados.

Este es uno de los momentos en mi vida donde mi seguridad empezó a adquirir una cara diferente y desde luego en el lado opuesto, el matrimonio empezó a debilitarse. Quizá pude haber optado por no involucrarme tanto con el programa de tortuga marina y continuar con la farsa de la familia perfecta. Esta situación no fue del agrado del entonces marido, pero como la amenaza del dinero no procedió no había forma de presionarme y sin preocupación alguna de los hijos, los perros, la comida empaqué y me fui a San Antonio.

Aquí me encontré con otros compañeros de lucha y fue así como empecé a entrar en este mundo del ambientalismo en México. Presenté los resultados de la campaña, que resultaron ser tan exitosos como innovadores. La campaña resulto

muy efectiva. No había personas en Cancún que no supiera de ella. Con el paso del tiempo la presenté en Mérida y de ahí me llevó a Guadalajara, a varias reuniones internacionales en Estados Unidos, a Perú, varias veces a la Ciudad de México y otros sitios, y gracias a lo carismático de estos animales, la sensibilidad de las personas, el excelente apoyo del grupo y el empeño que puse en el trabajo, fue que empecé a crecer y a crecer y a crecer.

Dentro de la campaña y para complementar las actividades educativas incorporé visitas a las playas de anidación. Así fue como localizamos una maravillosa playa a 100 kilómetros al sur de Cancún, X'cace, donde ya existía un campamento tortuguero coordinado por los biólogos del entonces conocido como el CIQRO (Centro de Investigaciones de Quintana Roo). El inicio fue rudo. Ellos eran especialistas, investigadores y técnicos y nosotras un montón de señoras burguesas y huevonas. Aprendimos a compartir el trabajo, las hamacas en el día y los Corn Flakes en la noche después de los largos y cansados recorridos que hacíamos en busca de tortugas desovando para trasplantar los huevos a los corrales en los nidos artificiales. Ambos nos sabemos agradecidos porque con la unión de sus resultados de investigación y el trabajo de educación ambiental se potenciaron los resultados. Al cabo del tiempo iniciamos una sólida amistad, han pasado muchos, muchos años, y todos seguimos en contacto con los tortugueros y mis hijos, hoy adultos son sensibles a la naturaleza y a sus procesos, pero sobre todo reconocen en mí la capacidad de perseguir los sueños.

Los visitantes también fueron impactados y contagiados por el trabajo realizado en X'cacel, tanto que todavía muchos recuerdan los campamentos y hoy siguen siendo defensores de esta magnífica playa que aun sobrevive a la rapacidad de los funcionarios del gobierno quintanarroense y a los desarrolladores, que aun no podemos lograr que se formalice como Área Natural Protegida, porque un gobernador corrupto vendió varios predios a particulares, que después de 25 años insisten en construir en el santuario.

Pasaron más de 15 años y un día en un corredor de la Facultad de Ciencias en la UNAM un chico me detuvo, me preguntó si yo era yo. Un tanto sorprendida le dije que en efecto, yo, sí era yo. El chico emocionado me dijo que nunca me pudo dar las gracias pero él había estudiado biología por la influencia de las pláticas y los recorridos que vivió en X'cacel cuando era pequeño, donde sus papas los llevaron, a él y a sus hermanos como una actividad de fin de semana; me daba las gracias porque había dejado una huella indeleble en él: la pasión por la vida marina. Se me humedecieron los ojos y nos abrazamos. Fue un regalo de esos que son inesperados y de vez en vez te hacen falta. He tenido otros encuentros similares, ahora más por el ejemplo de la lucha y la tenacidad en mi vida como ambientalista pero igualmente recibidos: con lágrimas en los ojos.

Las tortugas marinas han sido tan importantes en mi vida que las llevo en el alma y cuando me acuerdo de ellas y los regalos que me dieron se me humedecen los ojos. Gracias a ellas crecí lo que no hubiera podido crecer en millones de años. A ellas les debo la libertad de pensamiento que hoy me acompaña, haberme librado de un temor incomprensible, a la inseguridad implantada por no tener estudios universitarios, a no ser simplemente la esposa del señor de la casa, la mamá de los niños. A ellas les debo la posibilidad de reconocermé como una mujer especial, a ellas les debo la comprensión de esta pasión que existe en mí como algo positivo, a ellas les debo mis títulos universitarios, a ellas les debo haber conocido a tanta gente que me dejó algo en el camino, a ellas les debo una gran parte de lo que hoy soy.

Así que cada vez que veo, en alguna playa, las huellas que deja una tortuga cuando sale a desovar, en cada surco, estoy yo.

¿Qué me hace fuerte?

“¿Estas dispuesta a perder tu recompensa sobrenatural y eterna?”

Mi vida ha sido escabrosa, al menos no como el común de las personas de donde provengo. Siempre digo “uno no escoge donde nace, pero sí como piensa” Y es que mi vida debió haber seguido por el camino de la gente bonita, y por alguna extraña razón me fui por el camino del mal.

He tenido momentos muy duros en mi vida, donde la tristeza me sube hasta no dejarme ver por los ojos ni escuchar por los oídos. Es un estado donde crees que estas vivo pero en realidad estas en pausa, es como estar entre la vida y la muerte, sigues desayunando, trabajando, manejas y te duermes, y si alguien te pregunta tú contestas que estas bien, porque crees que estas bien y el otro también pensará que estas bien, porque te ves bien y saludable, pero en realidad estas mal, aburrída, cansada, con sueño, mucha televisión y nada te anima hasta evitas ir a tomar una cerveza con las amigas. Esto ya de por si es un indicador y no lo tomas en cuenta. Lo terrible es que realmente tienes un pie en la vida y el otro te lo esta jalando la muerte, no esa que conocemos y que es para siempre; es la muerte en vida. Tienes señales a las que no les haces caso. Un foco rojo parpadea, un ángel te lo dice al oído, la conciencia te acaricia. Es ese el momento en el que sabes que algo está pasando, piensas que es tu mala alimentación o que no has hecho suficiente ejercicio. Te castigas por floja y hasta sacas el bisturí de los recuerdos.

Esos momentos. ¡Ay! esos momentos. Hoy no te explicas como fue que de un día para otro te pudiste levantar sin flojera ni cansancio y te metiste a bañar, hasta cantaste en la regadera, desayunas muy bien. Ves el cielo azul aun cuando hay señales grises que anuncian una tormenta que viene del norte. Y todo sigue igual que ayer, pero hoy lo notas diferente y te sientes flamante.

Todavía no me lo explico. No se que pasa exactamente para que decidas apachurra el botón que hace *click* para poner el *Off* y el *On*. No se si es una palabra, no se si es un recuerdo, no se si es una acción consciente o un proceso que se cocina en el inconsciente, pero es un hecho que algo aceita la maquinaria y que las cosas pueden empezar a cambiar de un día para otro.

1. La fuerza de una fotografía

Hace muchos años en una fotografía, que sabe Dios dónde quedó, mi hijo me la tomó. Pasó el tiempo y en algún momento encontré dos o tres rollos abandonados, los llevé a revelar. Al ver esta foto en particular, me detuve varios minutos. No se si perdí el aire o el piso se movió. En ella estoy sentada al borde de la cama destendida, enfundada en mi vestido de *batik* verde, con el pelo medio canoso todo revuelto, un color amarillento, con ojeras y una falsa sonrisa hacia la cámara. Tenía la pierna cruzada y una de ella cargaba el yeso azul turquesa que me pusieron por una fractura de un huesito del pie, que según esto necesitaba un gran yeso hasta la rodilla. Con esta imagen entendí lo que esa mujer me estaba gritando, esa triste mirada decía mil palabras, no todas claras pero había un diálogo fuerte entre ella y yo. Ese día algo cambió. Inició el largo proceso de salir de casa.

Mi roca fue la imagen que me llevó a otra historia.

2. La terraza, la hamaca, la cálida brisa y la oscuridad de la noche

Después de esas tantas y hasta miles más de reconciliaciones en la que hablas con tu pareja, nos acariciamos, nos prometimos hacer esos esfuerzos sobre humanos que nos obliga el momento. Sabes que lo quieres -la querencia es fuerte pero no suficiente- y debes seguir intentando encontrar ese maravillosos matrimonio que viste en tus padres. Hay muchas cosas que perder: la pareja, la estabilidad de los hijos, el perro, la casa, la camioneta, la seguridad económica, los proyectos, los sueños y hasta te puedes perder a ti misma. No quieres pero debes seguir con la misma historia.

Fue una noche, donde me dijo:

-No te duermas, espérame despierta.

Acosté a los hijos, levanté todo el desorden que parecía un campo minado en el que se convertía la casa cuando llegaba la noche. No sabes si cenas, te recuestas, te desvistes o de plano te duermes, porque las manecillas siguen su inmutable camino y no llega el señor de la casa.

En el afán de ser conciliadora, decidí salir a la hermosa terraza que construí con mucho amor y gusto. Una suerte de palapa, llena de plantas, dos boyas de vidrio antiguas y colgada de palo a palo una hamaca yucateca de hilo de algodón mercada en Mérida. La dulce y cálida brisa invitaba a dejar el cuerpo recostado balanceándose de un lado para el otro. La espera sigue y nada sucede, solo se mueven las hojas de los arboles que te rodean. Sin darme cuenta un gran tsunami empezaba a crecer dentro de mí. Y como una gran ola que revienta en la playa brotaron estas palabras:

“Él es así y nunca va a cambiar, además no tiene por qué cambiar; el problema reside en mí y solo tengo dos opciones: o lo acepto tal como es y lo hago de buena cara sin enojo ni pleito o decido que yo no quiero algo así, y soy consecuente con ello”. Simplemente decidí que yo no quería vivir así. Hasta ese día llegó el matrimonio.

Mi roca fue un momento de inteligencia superior que me armó de gran valor.

3. El aire ventilado que viene del techo

Vivía yo en Cancún en un departamento más barato que el anterior. No me alcanzaba el dinero que ganaba. Era una suerte de bodega donde todo estaba lleno de cajas y muebles y mi Gran Refrigerador (primer artefacto doméstico que compré después de haber abandonado la casa. Fueron varias quincenas con un salario miserable. Es un refri para una familia de al menos cinco personas que solo lo usaba una: yo).

Me encontraba sin trabajo, sin hijos, sin vida, esperando a Godot. Me encontraba tendida, en el único lugar que parecía una recámara y no una bodega, el cuarto

donde además de dormir, también vivía. En el techo había un ventilador, al lado de la cama una mesita de buró, una lámpara y un anaquel donde colgaba la ropa que tenía. Hacía un calor infernal, estaba recostada sobre la cama mal tendida, toda desnuda y con la vista fija en el aparato que colgaba del techo. No se cuánto tiempo estuve viendo el movimiento circular de las aspas del ventilador, se hizo de noche y fue hasta entonces que entendí que debía salir de la cama e ir a un internet para contestar un correo que me invitaba para asistir a un foro de educación ambiental en Monterrey. Había aplazado la respuesta, porque sentía que no tenía nada que decir o porque no podía gastar el poco dinero que tenía en un boleto de avión.

No se que efecto hipnótico tuvo en mí el repetido y monótono movimiento circular del ventilador o habrá sido el aire suave que acariciaba mi cuerpo desnudo. Pero ya oscuro el cuarto decidí ir a contestar esa invitación.

Todo cambió y empecé a ver el viaje como un regalo y no como un gasto. Acababa de recibir un pago inesperado, pague mis deudas y me fui rumbo a Monterrey. De regreso hice escala en el DF donde me hospedé en casa de mis papas, al otro día fui visitar al Director de Educación Ambiental del Instituto Nacional de Ecología, platicamos sobre su libro y le comenté lo que había percibido: no tenía claro a qué público se dirigía, pues el contenido estaba escrito en un lenguaje muy académico, lleno de palabras que ni en el diccionario se localizan. Lo que pensaba se lo dije: debía escribir para todo el mundo y principalmente para los que no saben del tema. Usar un lenguaje tan elevado deja fuera a un gran público. Giro la silla y en ella su pequeño cuerpo, tomó el teléfono para comunicarse con el Subsecretario, a quien le dijo:

- Enrique te acuerdas del puesto que me faltaba, ya lo tengo.

Yo no entendía que se refería a mí. Cómo alguien como él me iba a invitar a trabajar a mí que era una sin nadie.

Regresé a Cancún, a comunicar la noticia a los hijos, les pregunté quien se quería ir conmigo. Todos expusieron sus argumentos y el pequeño de tan solo 9 años me dijo:

- Cómo puedo tomar decisiones si soy tan chiquito.

Le contesté:

- Las decisiones se toman a todas las edades, es como cuando desayunas Corn Flakes o Choco Crispis esa es una decisión. Y las decisiones más importante se toman en la noche platicando con la almohada, si estas en silencio seguro te das una respuesta.

Esa noche lloré en brazos de mi amiga que me había alojado, con hartos temores por la dicha decisión. Cualquiera que fuera me daba terror. Al otro día regresé por la decisión y el pequeño, sin dejar de jugar simplemente dijo:

- Me voy contigo.

Mi roca fue un viejo ventilador que me mostró su vida monótona y aburrida.

La locura/pasión y yo de la mano con ellas dos

“Los acuarianos son aquellas personas que ven la estrella que todavía nadie ha visto”.

Linda Goodman, Astrologa

Margarita (fragmento)

*“Una tarde la princesa vio una estrella aparecer;
la princesa era traviesa y la quiso ir a coger.
la quería para hacerla decorar un prendedor,
con un verso y una perla, y una pluma y una flor.
Las princesas primorosas se parecen mucho a ti:
cortan lirios, cortan rosas, cortan astros. Son así.
Pues se fue la niña bella, bajo el cielo y sobre el mar,
a cortar la blanca estrella que la hacía suspirar.”.*

Rubén Darío

Estuve pensando varias noches cuál podría ser mi estrella, esa *“luz que nos guía en nuestro diario vivir”* como explica el Manual. Yo no pude reconocer esa estrella con claridad, fue hasta el jueves, cuando llegué a casa temprano para trabajar en este escrito, me puse cómoda, preparé el estudio con una mesita, un caballito de tequila y un cigarro, con la intención de empezar este escrito.

Estuve un largo rato dialogando con la página en blanco, trataba de recordar esos momentos donde el brillo de una estrella te pude abrir el camino. Tuve que cerrar la computadora porque ese color blanco no me permitía pensar.

¿Qué ha sido aquello que me mueve, que me emociona, que me hace seguir?

Llegó a mis pensamientos un libro que hoy guardo desde muy niña: El mundo de los hombres valientes. Lo busqué y volví a pasar sus páginas. En él se describen hazañas de hombres (ninguna mujer) que destacaron por alguna causa, subieron una gran montaña, bucearon las profundidades del mar, volaron el primer avión, rescataron a un joven del hielo, bajaron a las profundidades de las cavernas y así varias historias con ilustraciones de la época. Ese libro lo *“leí”* muchas veces, repasé las caras de los hombres, los sitios, las hazañas, las aventuras. Y por

alguna razón pensé en la pasión por la aventura, ¿acaso la vida no es un aventura? ¿acaso seguir esa aventura no es una locura? ¿acaso no es necesario vivir esa locura con pasión?

Entonces me llegó el recuerdo de una frase que aparece en el libro *La canción de nosotros* de Eduardo Galeano, donde sus personajes Ganapan y Buscavida dicen que hay que chuparle los huesitos a la vida. Así como le chupamos los huesitos a un pollo bien rostizado, yo se los quiero seguir chupando a la vida, donde no quede nada, donde no se desperdicie nada.

Siempre mostré una exagerada locura/pasión cuando emprendía algo, realmente me tomaba en serio lo que hacía, si era cuidar perros, los cuidaba con esmero, ser hadita (niña exploradora) lo hacía muy en serio, para acampar llevaba todo mi equipo, hacía nudos, prendía fogatas y usaba muy bien la navaja, que pocas veces me prestaban, para nadar, tenía todo mi equipo y así con todo.

Nada en mi vida ha sido a medias tintas. Con esa locura/pasión crecí y me casé.

En las discusiones matrimoniales una queja recurrente era la “exagerada” pasión con la que hacía las cosas, los proyectos, todo. Siempre hacía las cosas que me proponía hasta llegar a una meta, quizá al alcanzar la meta me sentía en un estado de paz por haber cumplido, pero entonces me preparaba para la siguiente. Realmente me he esmerado en la vida por hacer las cosas a mi estilo. Desde hacer el disfraz de kínder hasta arreglar la casa, desde asumir mi trabajo hasta dar clases, desde amar hasta dejar una relación.

Cuando trabajé con las tortugas marinas, gracias a esa locura/pasión hice lo que hice y gracias a lo que hice y a cómo lo hice he llegado hasta donde estoy. En el camino he estudiado una carrera, una maestría, varios cursos, he sido excursionista, he buceado, he caminado por los bosques, por las selvas, he

dormido a cielo abierto, he hecho el amor en un cenote, pero también he reído y he llorado, y todo con mucha locura/pasión.

Si me dijera que mi estrella guiadora es la conservación o la educación ambiental, dejaría fuera tantas cosas que me ha dado la vida y que me han mantenido en movimiento que sería injusto, por ello, me quedo con mi locura/pasión como el centro de mi vida.

Entiendo que la locura/pasión que hay en cada momento de mi vida es parte de mí personalidad. Un terapeuta amigo mí me decía que yo era de las personas que disfrutaba vivir subida en un carrito de la montaña rusa. Esa fuerza interna es la que me lleva a mi estrella, a las aventuras, a los caminos oscuros donde al final te encuentras otra puerta que hay que abrir.

En algún lugar leí que cuando alguien te pide matar a uno de tus demonios también te está matando a uno de tus ángeles encantadores, por eso no podemos permitir que nadie, ni nosotras mismas nos quitemos de encima a estos querubines. Hay que reconocer lo bueno y lo no tan bueno que cada una tenemos, para aprender a vivir con ellos. Desde entonces, reconozco que así soy y así quiero ser: una loca/apasionada, completa, con mis demonios y mis ángeles.

A mis 63 años todavía sigo sintiendo esa locura/pasión por lo que hago y cuando me aburro quiero cambiar de escenario y de tema, para sentir nuevamente esa locura/pasión. Quizá de más vieja ese regalo se vaya acabando o se vaya perfeccionando. No lo sé.

Con este escrito he pensado que, por ningún motivo, puedo dejar de ver en el cielo de la noche esa gran estrella, que aun cuando nadie ha visto.